

*
* *

JUEVES. — Rodrigo Soriano me envía sus *Grandes y Chicos*, colección de intimidades literarias y de sensaciones artísticas.

En mi concepto, Soriano es uno de los más cultos escritores españoles, uno de los periodistas más literarios de Madrid, el único quizás que ve la actualidad con mirada de artista y que prefiere llorar la muerte de un poeta á comentar las actitudes de Silvela ó los cambios de Romero Robledo.

En *Grandes y Chicos* hay muchas páginas interesantes y algunas páginas pintorescas que recuerdan al autor de *Por esos mundos*. Los artículos sobre Goya y Watteau, el retrato de Fortuny, la fisonomía de los Daudets, son *vivants*. En cambio el Cladel es muy falso, muy poco parecido al que fué mi vecino en Sèvres y que pasaba delante de mi balconcillo, todas las mañanas, seguido por cuatro grandes perros dinamarqueses; del Cladel bondadoso y atrabiliario, ruidoso y melencólico, enamorado de las grandes frases, de los vastos paisajes, de los hombres fuertes; del Cladel de las *Imágenes versicoloras* y los *Va-nus-pieds*, del verdadero Cladel, en fin.

Hay, sobre todo, en la galería de Soriano un don Benito Pérez Galdós que está hablando y un admirable Pereda — más admirable de lo que merece.

*
* *

DOMINGO. — En Burdeos como en Amberes, en Hamburgo como en Liverpool y en Liverpool como en todos los demás puertos cosmopolitas, abundan los *bars* americanos con sus altos mostradores, sus taburetes altísimos y sus mesitas de porcelana esmaltada.

No es un *café el bar*. Tampoco es una taberna. Es un sitio especial en donde se toman bebidas especialísimas. El público que los frecuenta tiene un aspecto singular de internacionalismo.

Las cervezas negras y pesadas, cuya espuma parece bronce en efusión; los *wiskys* canadienses, color de maíz; los transparentes *gins*, los blancos *marcs*, y las mentas, verdes cual gotas de esmeralda, van y vienen en vasos largos y finos.

Pero la especialidad de la casa es el *cocktail*, un *cocktail* cualquiera, más ó menos fuerte, más ó menos amargo. En los *bars* célebres, hay *barmen* que saben preparar hasta cien clases de *cocktails* diferentes.

Dandy y trasnochador, el *bar* se levanta tarde. Á las doce del día, cuando los comerciantes salen de sus *bureaux* para ir á almorzar, los mozos rubios y risueños, vestidos siempre de blanco, empiezan á abrir las mamparas de cristal. Pero tiene suerte el *bar*. Y á las dos de la tarde ya está lleno de parroquianos, que toman en tazas de barro un brebaje muy parecido al *café*.

Á las cuatro ya está desierto. Á las siete de la noche, está lleno nuevamente de hombres rubios y pesados, que con la pipa en la boca piden brandy-cocktailes, gin-cocktailes, absinte-cocktailes, oister-cocktailes... todos los cocktailes imaginables, en fin, y aun los inverosímiles, los nunca probados, los de nombres misteriosos y herméticos...

Frente á una señora gordísima que chupa caramelos, dos chicos rubios fuman sus pipas. Los tres están en el mismo velador. Y ninguno de los tres conoce á los otros.

Pero la hora brillante es la media noche. Entonces las *mômes*, las *girls*, las *busconas*, todas las flores viciosas y atrayentes del arroyo, todas las ovejas del rebaño clorótico de Gavarni y de Baudelaire, las vendedoras de sonrisas y las aventureras del erotismo; las histéricas y las comerciantas, las tristes de la tristeza sumisa del trabajo amoroso y las insociables, todas las mariposas noctámbulas y neuróticas, en fin, llegan una tras otra, y de pie, junto al mostrador, esperan...

¿Qué esperan las busconas, las *girls*, las *mômes*? Lo esperan todo. Y á veces, mientras el mozo rubio y frío las prepara una copa barata, ellas, con sus pupilas de turquesa dilatadas, posando sus finísimas manos sobre los hombros de un empleadillo desdeñoso y con la sonrisa sumisa en los labios hechos para los besos —á veces... á veces, sueñan en carrozas de oro y en palacios diminutos que son suyos...

El *bar* es un conservatorio de quimeras...

* * *

MIÉRCOLES. — Mi amigo de Croze me pide un prólogo para su libro sobre España.

¿Qué decir?...

Un día que quise probarle la inutilidad de la historia, mi buen maestro Valera me contestó:

— Sí; pero si no tuviésemos historia ¿en dónde aprenderíamos á ser orgullosos?

Desde entonces la historia me interesa y leo las páginas escritas por Mariana y por Lafuente como los bohemios de Murger leyeron en su vejez las cartas de sus amadas juveniles.

Quand vous serez bien vieille,
Un soir à la chandelle,
En relisant mes vers et en pensant à moi,
Vous nous direz, Ronsard me celebrait
Au temps qui j'étais belle... »

España también fué celebrada por los poetas y hoy, en la agonía de su esplendor tradicional, gusta de recordar sus épopeyas y de oír cantar en su memoria los versos en que Garcilaso cantaba las aventuras de aquellos gallardos capitanes, abuelos nuestros, que

A los alemanes y á los franceses han domesticado.

Todos los pueblos nos relatan la leyenda de nuestra grandeza, por medio de sus historiadores; pero

ninguno sabe hacerlo con tanta discreción y tanto entusiasmo como el pueblo francés.

Desde que las viejecillas biliosas del siglo XVIII contaron á sus lectores la leyenda de los caballeros madrileños que para hacer creer que habían comido llenábanse los bigotes de migas de pan, hasta mi amigo Pierre Louÿs que explica ahora á las cocotas de París el modo de encontrar nombres exóticos y de llamarse Conchitas ó Currillas, muchísimos literatos han hablado de España en lengua francesa.

... Gautier en primer lugar; Gautier cuyo libro, como la *Iliada* despide tanta luz que nos hace imposible ver lo que hay antes de él; Gautier, el sonriente, el hechicero, el mago del color y de la claridad, que logró ver salteadores en las inmediaciones de Madrid y que para ir del Prado á Carabanchel pasó por Sierra Morena; Gautier que supo hacer del relato de su viaje *tras los montes* la más bella novela de aventuras extraordinarias; el divino Gautier cuya influencia es tan grande que uno de mis amigos llama á todos los libros sobre España « los Gautiers »; el *Gautier* de Bazin, el *Gautier* de Barrès, el *Gautier* de Rosny, el *Gautier* de Lorrain, el *Gautier* de Diaz...

Entre todos esos *Gautiers*, el menos Gautier de todos, es, quizás, el del autor del *Jardín de Berenice*, en el cual me parece notar algo de la gravedad elocuente de los *Paseos Solitarios* de Rousseau y mucho de la seca inquietud de los primeros libros de Stendhal. Es una obra que no está compuesta de descripciones propiamente dichas, sino de *resultados* de descripciones, de sensaciones lapidarias que se graban en la memoria del lector y que luego le sirven, con su rapidez extraordinaria, para evocar toda la in-

mensidad del paisaje de que son el resumen. ¡Nada tan bello como las siguientes frases: « Granada es un toldo en un oasis y la más blanda almohada del mundo bajo un parasol deliciosamente abierto. » — « Cádiz y sus naranjos son también una sombrilla abierta en el desierto. » — « El Escorial se me antoja la realización en piedra del estado de alma impuesto al genio castellano por el concepto católico de la muerte! » Luego, en *L'Amateur d'Ames* el aire puro de Toledo aparece con tal diafanidad, que permite ver á los caballeros que pasan, á lo lejos, destacándose en la fría claridad de la tarde, como sombras de un ensueño de mármol. Todo eso es delicioso, apasionado, casi amoroso. Y todo eso es *muy España y muy Barrès*.

Menos cerebral y menos artista que el novelador de los *Deracinés*, René Bazin ha hecho un relato de viaje para uso de señoritas. — Bazin lo admira todo y sobre todo admira lo que no tiene nada de admirable. En las sucursales del Crédit Lyonnais encuentra « carácter especial ». Los mendigos de la Puerta del Sol le gustan... Fué á España para entusiasmarse y se entusiasmó por todos lados. Lo único que me extraña es que su « viaje » no haya tenido un éxito sin precedentes, pues en verdad os digo que es un libro para el gran público, un libro flojo, convencional, ni siquiera malo, casi bonito — mediocre, en fin.

La España de Rosny no merece el desdén con que se la ha tratado. Es una España en aleluyas iluminadas; un *Gautier* más pintoresco (pero de otro modo...), mucho más pintoresco que el *Gautier* de Gautier; un cuento de hadas en el cual los mozos de los

hoteles saben discutir sobre el concepto del *yo kantiano*, al arreglar las maletas del *voyageur* en el cual los cocheros que no son duques son, por lo menos, grandes de España de primera clase.

Tampoco la España de Ernesto Daudet es digna de desdén, pues si en realidad como obra literaria no pasa de ser un « folletín », contiene, al menos, un capítulo de la célebre *historia de la Energía* soñada por Stendhal y que todos vamos escribiendo, poco á poco, al hacer el relato de las luchas humanas. Jorge Ohnet no habría referido mejor la guerra de la Independencia. En resumen *Don Rafael* es una buena novela popular, que nos obliga á no echar nunca en olvido que la Energía es más fuerte que la Fuerza.

Pero aún no admirando mucho los escritos de Ernest Daudet, su « España » me gusta más que la de su sobrino León, cuyas páginas descriptivas son pesadas, antipáticas y casi odiosas (de tal modo es cierto que los paisajes son un estado de alma)... *Pasemos*.

Después de otras muchas, he aquí una España humilde: *L'Espagne picaresque* de Díaz: una España con anarquistas, con bandidos, con castañuelas, con toros, con guitarras, con bailadoras... Pero sin estilo, como la de Daudet.

Y he aquí, por fin, la nunca bastante comentada España de Jean Lorrain, mi antiguo amigo; las *Espagnes* y las *Dévotions* y otras varias series de artículos que pudieran llevar, como título general: *El Revés de un Gautier*.

La originalidad de Lorrain, en efecto, consiste sencillamente en decir lo contrario de lo que dijo el poeta de los *Esmaltes*. « Todas las españolas son divinas », jura Gautier; y Lorrain asegura: « No hay

española que no sea innoblemente fea. » Pero eso no es nada. En su furia de decir tonterías, Lorrain va hasta asegurar que Madrid es una ciudad « fresquísima en verano ».

Es una España, en fin, la *Espagne* de Lorrain, que para ser completa debiera estar escrita por Alphonse Allais, con lo cual no perdería nada. Y si en todos esos libros hay color local, en ninguno como en el último de Pierre Louys.

¡Oh el color local! ¡Es barato y sirve para llenar líneas! Haciendo decir á un parisiense que se dirige á una andaluza: « *te quiero* » en vez de « *je t'aime* » y poniendo, para el carruaje de la heroína, *caballos* en vez de *chevaux*, el color local está conseguido... Y es fácil, y es pueril, y es gracioso. Y á veces es esencial también, sobre todo en las novelas de Pierre Louys, en las cuales si se suprimiesen los *Heraklés*, las *Afrodisiás*, los *muros cerámicos*, la *Conchita*, los *Currillos* y los *Cabayos*, no quedaría sino el vacío rodeado de vanidad:..

En cuanto á la España de Austin de Croze, sería una España muy especial si no estuviese precedida de una introducción en que palpita toda el alma del gran pueblo ibérico.

Esa introducción es la España *en bloc*: la España psicológica, invariable, interior, realista, católica, heroica, noble, valerosa, apasionada y ardiente. Hay en ella más médula que en muchos de los libros antes citados. Es una España breve y completa.

Yo creo, sin embargo, que aun queda una « España » por escribir: la España, del porvenir, la de mañana, la de Alfonso XIII; la España literaria del

fin de nuestro siglo — nuestra España, en fin, que es una España menos pintoresca que la de Bazin, — querido de Croze — pero más nueva y que tiene más vida. Ya no lleva mantillas ni usa espada, porque es la España de Madrid y de Barcelona, como la Francia actual es la Francia de París.

Aun recuerdo la tristeza con que un castellano rancio me dijo un día, al ver á Mazzantini vestido de frac :

— ¡ Allí tiene usted la muerte de la antigua patria !

Y en efecto, en las grandes ciudades de la península, la antigua España muere ya para permitir que nazca, de sus cenizas, la nueva España del siglo xx. — ¡ Tanto peor para los enamorados de lo pintoresco ! ¡ Tanto mejor para nosotros ! — Porque la España que reemplaza á la antigua es un país que piensa, que lee, que sonríe, que vive como París y que á veces se entristece, sin llorar, con esa tristeza discreta que da á las naciones desgraciadas un aspecto de dulce melancolía y de delicada intelectualidad.

¿ Sabe usted, querido Croze, cómo querría yo ver hecha esa España de hoy y de mañana ? Como la *Alemania* de Wyzewa, pero con más simpatía; como los *Croquis londonenses* de Bourget, pero con más amplitud; como el *Pasado el Estrecho* de Mouray, pero con más sencillez.

Creo, en efecto, que en España tenemos ahora una literatura modernísima, un arte modernísimo y una vida modernísima, que podrían parecer muy interesantes á París, si París tuviese tiempo para ver lo que pasa fuera de sus muros.

*
*
*

LUNES. — Rosario Guerrero, la morena pecadora honor y prez de España, la rival triunfante de Carolina Otero, me envía sus últimos retratos. Dos de ellos me parecen bastante insignificantes, ni buenos, ni malos, ni nada; pero el tercero es delicioso.

De pie ante una cortina blanca, la bailadora está sorprendida en un instante de íntima coquetería, durante uno de esos largos minutos en que la mujer se mira y se admira, sin pudor y sin malicia, abriendo mucho los ojos, entreabriendo apenas los labios, provocándose á sí misma, para aprender á provocar á los demás. El brazo desnudo, surge de entre los pliegues de la mantilla con ademán de canéfora pompeyana en reposo. ¡ Y qué brazo ! ¡ El más bello, el más puro, el más carnal, y al mismo tiempo el más fino de los brazos de estatua viva ! Los poetas que han hablado de dulces cadenas sin gozar de la tiranía de esos brazos, no saben lo que han dicho. En la garganta descubierta, un broche de diamantes resplandece haciendo, con su brillo, más mate aún, más mate y más suave, y más exquisita, la blancura de la carne vecina y de las vecinas perlas...

En verdad, es admirable la Guerrero, así casi inmóvil, siempre coqueta, siempre sonriente.

* *

MARTES. — El gran crítico yankee, Dean Howels, acaba de asegurar, que su gobierno habría hecho mejor en dar á España los veinte millones de duros por la cesión de Armando Palacio Valdés, que por las Filipinas.

Creo lo mismo. Sólo que á España no le convendría.

Los yankees dan veinte millones por el autor de *Marta y Maria*; yo doy otros veinte millones por la Guerrero; Inglaterra compra el sol de Sevilla... ¡Y es la riqueza, querido Maeztu!...

* *

MIÉRCOLES. — De mi amigo Cuéllar, en una revista de Barcelona: «Nadie podrá tacharme de timorato y encogido, pero á pesar de todo, creo que no se debe ser *puereo* y *puerco* sin enjundia, sin substancia, de oídas, de referencias, porque todos esos espíritus *crapulosos* que nos *espantan*, han desflorado su alma en la lectura, desconocen la vida por completo, y cuando tratan de descubrirla no hacen más que reflejar lecturas mal digeridas... como se observa en los libros de Gómez Carrillo.»

Me parece bien.

Lo que me parece mal es lo siguiente, del mismo amigo, en el mismo artículo: «Ahora en Madrid (Gómez Carrillo) para buscarse el elogio de los gran-

disimos *congrios* que le rodean, me ha tratado de un modo intolerable.»

No, irritable Cuéllar, no. No le haga usted caso á Marquina. Y diga usted que siempre le he tratado con cariño.

En cuanto á que yo sea «pontífice consorte con Rubén Darío» del modernismo, también me parece injusto. Porque Rubén Darío no quiere ser pontífice de nada y hasta asegura que á él y á Wagner, no se les debe imitar.

* *

VIERNES. — Un amigo á quien encuentro en la redacción del *Mercurio*, me refiere sus impresiones del banquete en honor de doña Emilia Pardo Bazán, el célebre banquete de que tanto se habló en Madrid, el supremo homenaje rendido por París al genio español.

— Éramos once — me dice — y nos reunimos en una salita del restaurant Durand, en la plaza de la Magdalena. Contra la costumbre, la señora Pardo Bazán llegó un cuarto de hora antes del momento marcado y tuvo que ver una escena bastante penosa: un mozo que reclamaba en la puerta, á los que iban llegando, los cuatro duros del cubierto; y que reclamaba sin recato, francamente, como si temiera que nos marchásemos sin pagar. Los más ilustres comensales eran Gastón Deschamps y René Doumic. Los otros nueve, anónimos. Durante el primer cuarto de hora, reinó un silencio glacial. Nadie sabía qué decir, por la sencilla razón de que nadie cono-

cia las obras de la condesa (!). De pronto Doumic se puso de pie y leyó tres cartas en las cuales Lavedan Sully Prud'homme y otro caballero se excusaban de asistir á la comida. La señora Pardo Bazán, parecía inquieta y nerviosa, como si le faltara algo. « ¡ Necesita algo la señora? » — le preguntó el mayordomo. « No — repuso ella — lo que me extraña es ver que nadie toma apuntes para los periódicos... En España siempre tomamos apuntes (!) »... Una sonrisa general — ¡ oh! muy discreta — acogió tal frase. Al fin del banquete llegaron unas cuantas redactoras de *La Fronde* á tomar café, sin duda, porque el café cuesta menos que la comida... ¡ Y nadie tomó notas!

Mi amigo concluye diciendo :

— Si Alphonse Allais hubiera estado allí, tal vez habría tomado apuntes... del natural... para sus revistas cómicas...

*
*
*

SÁBADO. — En el café de *Las Artes*, en Montmartre, en el banquete dado con objeto de celebrar el triunfo de Privas.

Privas acaba de ser elegido príncipe de los cancioneros, lo mismo que León Dierx fué elegido hace un año príncipe de los poetas, y Anatole France príncipe de los prosadores.

Una animación excepcional reina en la mesa. Somos ciento, y todos hablamos á la vez.

A la hora de los espárragos, un camarero trae un despacho telegráfico.

— Es del Presidente de la República que se excusa — grita uno.

— No — grita otro — es de la reina Victoria.

— Apostemos á que es del César de Rusia — vocifera un tercero.

Privas se pone al fin de pie y dice :

— No, señores ; es de mi madre, una pobre viejecita que me manda un beso y que me aplaude llena de orgullo...

Silencio general. Nadie se atreve á sonreír ni á bromear. El príncipe, siempre de pie, enjúgase discretamente una lágrima, y en la palidez de su rostro de granadero, en la ligera crispación de sus labios, en toda su actitud, se nota lo emocionado que está.

Laurent Tailhade, levanta la copa y bebe por la madre que ha enviado el beso, por el hijo que con tanta ternura y tanta ingenuidad lo ha recibido — él que tantos versos perversos ha puesto en sus canciones, él que ha desnudado á Colombina para que Pierrot se la coma con labios hambrientos ; él que representa una nota algo viciosa cual todos los cancioneros de París...

No hay más brindis. A un caballero que se pone de pie con un papel en la mano en la actitud amenazadora del que va á leer, le ofrecen echarlo al Sena en cuanto abra la boca.

De cuando en cuando, durante los instantes de relativo silencio, una risa cristalina y femenina surge del centro de la mesa. Lulú está alegre. Lulú, la musa del príncipe, la rubia delgada y esbelta, de ojos de violetas y de manos aristocráticas ; Lulú, la inspiradora de mil estrofas, la sombra menuda y clara

del gran cancionero, la más bonita Lulú de Montmartre, en fin, hoy convertida en princesa quimérica, está alegre!

Y todos estamos alegres, como Lulú; porque ella está alegre y porque él lo está también...

*
* *

LUNES. — Los catalanes no me quieren bien. Les parezco bohemio, y en Barcelona no se debe ser bohemio, ¿veritat?

Después de los ataques de Marquínez y de Cuéllar, un caballero dice hoy: «Gómez Carrillo ha publicado como apéndice á su *Bohemia sentimental* recortes de treinta escritos en que se le elogia. Es el colmo de la desvergüenza.»

Algo rudo en el modo de adjetivar me parece mi nuevo crítico. Pero á mí no me disgustan los ataques y para probarlo voy en seguida á ofrecer cuatro ó cinco extractos de artículos en que se me ataca y que me han sido por lo menos tan gratos cual los elogios.

Principiemos por citar á Fray Candil:

«*Sensaciones de Arte* — dice — que el señor Carrillo me envió con una dedicatoria ridícula por lo exageradamente elogiástica, están pésimamente escritas, atiborradas de falsedades y de erudición á la violeta.»

Segundo artículo de Fray Candil:

«Gómez Carrillo, con todo de vivir en París, no sabe con qué se come el simbolismo. Claro. Como

que Carrillo come á dos carrillos: en las cartas que me escribe á mí me alaba y denigra á Clarín, y en las que dirige á Clarín probablemente dirá pestes de este cura.»

Lo siguiente es de *El Perro Chico*, de Madrid:

«*La Campaña*.

» Un periódico nuevo ¡y tanto! de París, dirigido por Bonafoux, publica, entre otras cosas *notables*, una especie de novela, que su autor, Gómez Carrillo, apoda *La Suprema Voluptuosidad*.

» Si atendemos á las revelaciones del novelista, la voluptuosidad suprema consiste sólo en decir una serie de insulsos desatinos.

» Pero ¿por qué se meten á escribir esos hombres?

» Dice al principio:

... él se hacia el desentendido.
... haciéndome la dormida.

» Y el autor comienza, como ustedes ven, haciéndonos la...

» ¡Oh, si nosotros empleáramos el... *estilo* de *La Campaña*!

» Luego dice: «La pobre fué una orquídea instintiva, que no supo nunca extraer su savia psicológica sino de las novelas de Jorge Sand.»

» Y más adelante: «Mis libros preferidos han sido siempre *los más raros*. Bourget, Huysmans, Verlaine, Peladan, Barrès...» «Mis clásicos se llaman Stendal y Constant.»

» ¡*Raros* los libros de Bourget y el *Adolfo* de Cons-

tant, que figura como *Wérter* en todas las bibliotecas populares!

» ... para ilustrar las *Relaciones peligrosas* de Laclós y las *Devociones* de Boissenon... » Ese matrimonio... ¿Qué apostamos que no conoce usted más de tales obras que la parte inserta de ambas en un solo volumen por E. Dentu, edición popular á un franco?

» ¿Son éstos los *libros raros* que usted frecuenta?

» ¡Ya entiendo! Trasposición se llama esta figura. Quiso usted decirnos que son *raros* los libros que usted usa; más claro aún: que son *pocos*. Pero vulgares, ¡vaya si son vulgares!

» Y sigue:

» Una teoría de vírgenes pensativas, cuyos rostros son idénticos los unos á los otros.»

» ¡Claro! Sería necesidad advertir que son idénticos á sí mismos.

» Sobran « los unos, los otros »... y lo demás. Supondremos que *teoría* es un error de imprenta, *serie* acaso; pero aun así... ¡Vaya!

« ... siento palpitar en el fondo de mi sexo... » ¡Uy!

» ¿Para qué seguir? Los jurados y el público saben ya que Gómez Carrillo es inocente, y le declaran ayuno de toda voluptuosidad... y de toda literatura.

» Cobijando tales engendros, ¿echa roncas *La Campaña*? »

Lo que sigue es de la *Esquella de la Torraxa*, de Barcelona:

« *Del amor, del dolor y del vicio*, novela por ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO.

» Cualquiera que de buena fe coja el libro que lle-

va este título, no podrá menos que exclamar: ¡Virgen santa y á qué tiempos hemos llegado!

» La acción pasa en París, y su único objeto es describir con toques muy vivos y desenvueltos los cuadros cínicos de una decadencia escandalosa. Valiéndonos de una atrevida antítesis, diremos que la novela del señor Gómez Carrillo es una manifestación de la psicología de la carne.

» Van enlazados con la acción, en extremo sensual, cuadros diversos de la decadencia artística y literaria, que tienen por escenarios ciertos rincones de la *ville lumière*, restaurantes, cervecerías y punzones de reunión de la gente que presume de refinada, estragando de todas maneras su sensibilidad y derrochando los tesoros de la vida y de la salud. Si las exageraciones de un modernismo enfermizo han de conducirnos á tal extremo de degradación, mejor fuera mil veces que no se hubiese dado á conocer nunca semejante extravío mental.

» El autor de la novela se complace en abordar un tema que en todas sus manifestaciones es por demás peligroso y susceptible de hacer dar grandes resbalones. No por esto vacila un solo momento. Muestra toda la despreocupación de la juventud atrevida y revela un notable talento de observación y no escasas condiciones de escritor acerado, que podrá emplear dignamente cuando se resuelva á tratar otra clase de asuntos. Pertenece á la última generación literaria, y haciéndole estricta justicia y prescindiendo de gustos y aficiones tan especiales, puede clasificársele entre los que más valen. »

De Martínez Ruiz en *El Progreso*, de Madrid:

« Porque hay que decirlo de una vez y en alta voz:

la novela del señor Gómez Carrillo es una provocación y un ultraje. El arte no es el libertinaje. »

De Gedeón :

El señor Gómez Carrillo
ha compuesto *Maravillas*,
novela *funambulesca*,
según el autor declara,
tan tranquilo, en la cubierta.
Yo, que he leído á Teodoro
Banville, aunque no lo crean
mis amigos Manuel Bueno,
Verdes Montenegro y Zeda,
declaro que *Maravillas*
no es obra *funambulesca*,
aun cuando en ella se trate
de bailarinas de cuerda
y cosas por el estilo,
todas á cual más amenas.
Si el señor Gómez Carrillo
quiere mi opinión sincera,
le diré que *Maravillas*
viene á ser, como novela,
lo mismo que el *Salón Rojo*
y el *Salón Azul* y el *Crema*
y el *Salón de Actualidades*,
una exhibición de piernas
y de torsos y de *dorsos*
y de... etcéteras, etcéteras,
que aun sin ser un Gallo-Alcántara
á un servidor le molestan.
Esas cosas, señor Gómez
Carrillo, son para hechas ;
contadas, ni tienen chiste
ni al público le interesan,
y éste (el público) aún no entiende
de cosas *funambulescas*,
y, en mi opinión humildísima,
vale más que no lo entienda. »

Mucho más podría citar si hubiera tenido la paciencia de ir coleccionando todo lo que sobre mis libros se escribe, bueno y malo.

En cuanto á lo de que « Gómez Carrillo llama banquete literario á una comida en una taberna », no lo entiendo. ¿A qué banquete se refiere mi furioso crítico? ¿al de *El Progreso* en 1897, á raíz de la publicación de mi novela *Del amor, del dolor y del vicio*? Pues he aquí el suelto de *El Progreso* mismo:

« La redacción de *El Progreso* obsequió ayer con un banquete en el *restaurant* que en los Viveros tiene Lázaro López, al literato gran amigo nuestro Enrique Gómez Carrillo.

» También han asistido, adhiriéndose á la muestra de cariño dada al redactor de *La Campaña*, los señores Ruiz de Velasco y Rodríguez, director y propietario de *Madrid Cómico* respectivamente, y nuestros queridos correligionarios Ruiz Beneyán y Cabañas.

» Decir que reinó la mayor alegría y animación, parecería ocioso. Lo único que diremos es que el recuerdo de esta fiesta íntima no se borrará fácilmente de nuestra memoria. »

Y si no es á ése sino al otro, al de 1899, *El Globo* dirá lo que fué :

« Entre los escritores que en la prensa, en el libro y el teatro aparecen con bríos y talento bastantes para predecir un consolador renacimiento de las letras hispanas, descuella Gómez Carrillo, un literato de talento, que se ha hecho notar por sus crónicas parisienses escritas á la moderna, con independencia de juicio y con el arte exquisito que tanto agradecen los buenos paladares.

» Gómez Carrillo se encuentra en Madrid. Para festejar su presencia, *La Vida Literaria*, semanario acreditadísimo apenas nacido, acordó celebrar un banquete, verificado anoche en el *restaurant Niza*; banquete íntimo, sin engorrosas ceremonias ni pelantescos alardes de solemnidad, al cual concurrieron, entre otros que no recordamos, Loma, el íntimo amigo del saladísimo *Don Modesto*; Rubén Darío, el ilustre poeta americano, y escritores y artistas tan conocidos como Paso, Valle Inclán, Rodil, Mínguez, Martínez Espada, Sawa, Compañy, Zulueta, Casado, Suárez, Leal, Orts Ramos, etc., etc.

» En reunión de personas de buen gusto y de probado ingenio, no caben los brindis. En el banquete de anoche, muy bien servido por cierto, hubo el consabido derroche de frases chistosas y se alabaron merecidamente los talentos de Gómez Carrillo, pero sin tonos oratorios y sin exhibiciones insoportables. Los caricaturistas Mínguez y Leal compusieron unos *menús* notables, repartidos á los concurrentes, y el popular Compañy hizo fotografías que, como suyas, han de resultar excelentes.

» Y cerca de las doce de la noche concluyó aquella fiesta de la juventud literaria, á la cual nos asociamos con sincero entusiasmo, enviando desde aquí al colaborador de la *La Vida Literaria* nuestro aplauso modesto, pero entusiasta y verdadero. »

Ahora si quiere usted además la nota cómica de la fiesta, en el *Juan Rana*, Dionisio de Lasheras se la dará á usted en las siguientes líneas:

« Los chicos decadentistas de *La Vida Literaria* obsequiaron la otra noche con un banquete en la

Bombilla al *boulevardier* Gómez Carrillo, recién llegado á Madrid.

» El liquido opalino, brevaje brutal en noche de juerga; el recuerdo triste de la mujer amada, albe lirio que se dobla al aliento del libertinaje; la gasa azul en ondas caprichosas, simbolo de Ruben Darío (uno de los comensales), que todo lo ve azul; el latido de la carne en el revuelto lecho del bohemio incorregible...

» No sigamos.

» Concluya el parrafito Valle Inclán ó el propio Carrillo. Párrafos *modernistas* como el precedente no entran en la jurisdicción de *Juan Rana*.

» En el banquete reinó la más cordial alegría. Aquellos hermanos en las letras — ¡letras! ¡letras! por algo tenéis nombre de mujer; — aquellos hermanos en las letras, decimos, hablaron de literatura *decadentista* y dedicaron recuerdos cariñosos al dulce D'Annunzio y al malogrado Oscar Wilde.

» ¡ No hubo brindis!

» Al terminar el banquete, y por iniciativa de uno de los comensales — antidecadentista — un *garçon* sirvió en una bandeja de plata, peine y tijeras, para que los señores del ala tuviesen la comodidad de cortarse el pelo.

» Las sedosas cabezas de Orts y Ramos, Alejandro Sawa, Valle Inclán, Gómez Carrillo y Leal da Camara, cayeron á terrible golpe del afilado instrumento.

» ¡ Cabellos infelices!

» Aquel montón de « excremento capilar » — que diría Burell, — fué recogido de las húmedas baldosas por una de las asistencias del establecimiento.